Ensayos





Registros núm. 6

«Biología Bartleby»
por Jesús Pérez Caballero

«Un pastel de cumpleaños invitado a un huracán»
por Carmen Borja Rubio

«De *Mi 15M*»
por Gerardo León

«*¡Confinados! Creación literaria y reclusión en el Siglo de las Luces:* un extracto»
por Nicolás Bas

Registros núm. 5

«¿Qué fue de la pandemia? Tres predicciones distópicas y una esperanza desesperanzada»
por Cristina García Pascual

«Marco Ferrari: sarna»
por Alejandro Hermosilla

«Porno feminista y postporno»
Ana Valero Heredia

«Los despistes de *La condición despistada*»
por Jesús García Cívico

Registros núm. 4



«Humanos y replicantes: *Blade runner*» por Alejandro Hermosilla

«De la línea del color al colorismo»
por Ángeles Solanes

«Los principios de justicia: de la Universidad de Harvard a la Bahía de Cádiz»
por Alejandro Fas Recatalá

«¿Qué viene antes? ¿El huevo o la gallina? Observaciones cínicas sobre pandemia y derechos»
por Francesco Biondo

Registros núm. 3

«Todos diferentes»: un fragmento de *Harry Potter y la cultura de la vigilancia. Del rebelde moral al héroe subvencionado*: Luis Ángel Abad

«Hoy, el flaneur lleva literalmente una máscara»: Giovanni Patrocinio

«A propósito de Habermas: reflexiones en torno a Sobre moralidad y eticidad»:
Estefanía Ríos Pacheco

«La responsabilidad ante la Madre de Dios: Lectura de Max Ernst»: Héctor Solsona Quilis

---

Registros núm. 2

«El narrador» por Alfonso Blanco

«Lo que yo querría decir acerca de Armenia» por Eduardo Almiñana

«La voluble naturaleza de la culpa.
A propósito de *El consentimiento*, de Vanessa Springora»
por María José Furió

«La muerte de Rodolfo Rabanal» por Oscar Peyrou

«Cuarteto de otoño» por Manuel Turégano

«Comentarios al Estatuto del *becchino*» por Jesús Pérez Caballero

«El editor» por Miguel Ángel del Arco Torres

Registros núm. 1

«Victoria Ocampo, Cartas de película» por Pablo De Vita

«La crisis del periodismo y sus efectos sobre la verdad» por Antoni M. Planas

«Navegantes y mártires: de Madrid a México» por Aldo Alcota

«Orozco, el centenario en la sombra» por Pablo De Vita

«Geografías» por María Tomàs

Biología Bartleby
Jesús Pérez Caballero



1. Her, her, HERMANO, tú me preguntaste por qué Melville no hizo a Bartleby de cuerpo negro, ojos negros, dientes negros, lengua negra, ropa negra carbón. Un *algo alguien* que explicitara un agujero negro antropomorfo. Con capacidad para que lo que le rodea también *prefiera no hacerlo*, sometiendo a los demás con su fanatismo. Tú mismo te respondiste, HERMANO: esa imposición es la de la ballena, y no la del escribiente. Deja a Bartleby inerme, como si pudiéramos llamarlo cobarde. Y lo explícito, que sea para la ballena blanca.

2. Melville quiere exagerar, como buen lector de la Biblia, y de la exageración del absoluto saca la ballena blanca y sus ecos en el hombre: Ahab, Pip, Mapple, el Parsi. La ballena es la Realidad, representada por un animal fundido a la Naturaleza, según el silogismo: la Realidad simbolizada por la Naturaleza y la Naturaleza simbolizada por un animal. De la exageración de lo nimio, Melville saca un escribiente que se niega a hacer, y de sus ecos en los objetos y en los espacios, la sección de las cartas muertas.

3. ¿El sueño del Melville hombre? Que Bartleby supere su *preferiría no hacerlo* enrolándose en el Pequod. ¿El sueño de Melville escritor? Encerrar a la ballena blanca en una sección de cartas muertas. El auxiliar tísico y el subsubbibliotecario preparan a Ismael, que prepara al autor Herman Melville.

4. Her, her, HERMANO: *preferiría no hacerlo* está implícito porque no hay más salida a su discurso que esa, y una única salida es decir que solo hay un camino. Su preferir no hacerlo es el pasillo que se angosta hasta que solo cabe el cadáver del gusano que devoró al cadáver. Bartleby no está cansado, no es un hikikomori actual como tú dices, o lo es también, pero junto con otras cosas con el mismo trasfondo quieto, profundo y reflectante.

5. Her, her, HERMANO, hay un test de Bartleby que consiste en que uno está frente a él y le pregunta:
—¿Eres (y se dice una palabra)?
Si te imaginas que esa palabra iría bien con Bartleby, estás más cerca de explicarte qué significa el escribiente. Por ejemplo, uno puede empezar con una fácil:
— ¿Eres fútbol?
Obviamente eso no pega con el escribiente, y al menos sabremos que Bartleby no es fútbol.
— ¿Eres masa, sueño, blancura, negrura, letras, callejón, celda, agujero, imposibilidad, tristeza, ángel, burocracia, predisposición, adverbio, mural, cinturón, roca, líquido?
El juego da para toda una vida.

6. Her, her, HERMANO, ¿qué es también Bartleby, si nos da por seguir el juego? Es un libro en blanco que cayó en un pozo seco.

7. Her, her, HERMANO, te gustó lo del test. Ponlo al revés: Bartleby es también una prueba moral para quien lo conoce. Recuerda al narrador del cuento, que acaba considerando la rareza de Bartleby contagiosa, y que de hecho le visita en la prisión, pues se cree responsable. Ese narrador es un hombre bueno.

8. Bartleby impone su pasividad y demuestra la tiranía de los objetos. O la tiranía de lo existente: si algo está, influye en el resto de cosas, aunque sea por cómo le roza el aire.

9. Her, her, HERMANO, ¿Y si Bartleby fuera racional? Hay momentos y respuestas en los que sigue un plan, como Pip («Ahora, Pip, hablaremos de esto: de ti absorbo maravillosas filosofías. ¡Algunos desconocidos conductos de los mundos desconocidos deben vaciarse en ti!»). Un plan que Bartleby canalizaría, aplacaría —mártir—, porque si se dejara llevar la realidad se pondría del revés como un calcetín, y el movimiento y la razón se trasladarían a la línea del horizonte.

10. Hay un momento en el que el plan bartlebiano estalla en la cara del lector, dejándole el rostro demediado —o, cuanto menos, el alma. Es cuando el narrador le da el ultimátum para que abandone la oficina y, al regresar, Bartleby sigue ahí y le dice:
— Todavía no; estoy ocupado.

11. El lector piensa que se le ha escapado algo:
a) Si Bartleby espera al narrador (su jefe), esa respuesta solo puede deberse a que:
I. Se ha olvidado del ultimátum.
II. No se ha olvidado del ultimátum, pero hace como que sí.

b) Si Bartleby no espera al narrador, y *aún así*, responde con esa familiaridad que nos recuerda al episodio en el que el jefe descubre que el escribiente vive en la oficina («se excusó, mansamente: dijo que estaba muy ocupado y que prefería no recibirme por el momento. Añadió que sería mejor que yo fuera a dar dos o tres vueltas por la manzana, y que entonces habría terminado sus tareas»), es porque espera a otra persona. ¿A quién está esperando Bartleby?

12. HERMANO, consideremos a) I, es decir, que Bartleby espera a su jefe porque se ha olvidado del ultimátum. Bartleby, durante la obra, puede sufrir un olvido de ese tipo, ¿por qué no? Entonces Bartleby se habría olvidado de que el jefe le dijo que debía marcharse. En la obra actúa resistiéndose al exterior porque desea ganar tiempo para sí, para una condición (o revelación) que le acarrea una visión mortífera socialmente (quizás, her, her, HERMANO, también será una visión aniquilante físicamente) y eso le impidió prestar atención a algo tan irrelevante como la orden de su jefe. Olvidarse de que su jefe le había pedido que se marchara y responder mecánicamente a quien llamaba ese domingo, entraría dentro de la red de relaciones nebulosas que instaura Bartleby.

13. HERMANO, analicemos a) II: el escribiente no se ha olvidado del ultimátum y desea que su jefe piense que sí. Por ello, le responde del modo que causará más impacto a su jefe: como si fuera él el jefe. La identidad del jefe narrador se hace polvo y un ser espectral, irracional, ha ocupado su lugar, tras robarle el mando de sus bolsillos y del corazón. Para entender esto, piensa, HERMANO, cómo te sentirías tú si espiaras que tu mujer está en la cama con una mesa a la que llama como tú.

14. Her, her, HERMANO, para abordar b), descartemos lo anterior: Bartleby no sería ni un olvidadizo ni querría atacar directamente a su jefe, sino que el escribiente tiene una doble vida. ¿Qué doble vida, si nunca se mueve de la oficina? Dos son las opciones: una es, esencialmente, kafkiana y la otra, predominantemente espiritual.

15. HERMANO, la opción kafkiana se entiende si se ha leído *Asesinatos S.L.*, *El proceso* o *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* Bartleby tiene un cargo paralelo al que le sustenta, en una organización de la que nada sabemos. Ese todavía no; estoy ocupado iría dirigido a otro jefe, encargado, comandante, etcétera, que le importunaba, y no al narrador — que es también su jefe, pero no el único. Podemos extraer algunos rasgos de esa organización, como que es reticular y observa con cuidado a las organizaciones que parasita. El narrador nunca se ha encontrado con ninguno de ellos, lo que revela que se han camuflado perfectamente. En este punto surge una duda: ¿Bartleby cometió un error al ser descubierto por el narrador como ocupante de la oficina, o fue un acto deliberado de la organización, un acto de fuerza? La tesis del Bartleby sutilmente desafiante como acto de fuerza parece la más verosímil. Aunque podría ser que ese Bartleby desafiante fuera no solo ante el narrador jefe de la oficina, sino ante la propia organización a la que pertenece. De ahí la sensación que nos da de marchitamiento progresivo — pues hay algo que lo liga, interna, vitalmente, a ese conglomerado paralelo.

16. HERMANO, la opción espiritual es una variante de la anterior, pero tiene una lógica propia. Si una persona tiene alma, Bartleby sería el alma de un cuerpo que está en otro lugar — vivo o muerto. Así, la oficina perdería cualquier anclaje con nuestra realidad, y sería como una línea paralela que va a parar — matemáticamente — a la oscuridad del final del cuento. Bartleby representa el sufrimiento de ese cuerpo que se alejaba

irremediablemente, hacia la anulación — y la sección de las cartas muertas, ¿no tiene algo del infierno de *Un teólogo en la muerte*, de Swedenborg, o del Sartre de *A puerta cerrada*?

17. Her, her, HERMANO, imagina a Bartleby alistado en el Pequod. Imagina cómo el resto de los marineros le verían como otro símbolo del destino. Imagina cómo Bartleby pasaría desapercibido entre Ahab o Pip. Imagina la paz que el escribiente otorgaría al momento en el que el Pequod se hunde en círculos concéntricos. Imagina que sobrevive Bartleby y no Ismael.

18. Her, her, HERMANO, Bartleby muere en una cárcel. No saques conclusiones de eso, ya que lo conducen allí por circunstancias ajenas a él. La primera parte de la solución está en qué le pasó en la sección de las cartas muertas, donde se dice que trabajó. La segunda parte de la solución está en por qué eligió una oficina. El misterio, en quién fue Bartleby antes de la sección de las cartas muertas y de entrar a trabajar en la oficina del narrador.

19. HERMANO, no tomes al pie de la letra lo que te estoy contando. No podemos conocer tanto a Bartleby. Comprendemos la maquinaria que aplastó a K. Nos sentimos — vagamente, son ecos — como Gregorio Samsa. Pero de Bartlebys generales, poquillo o nada hay. Lo que significa que Bartleby es un individuo.

20. Her, HERMANO, ¿no crees que hay más humor en la novela *Moby Dick* que en el relato de Bartleby? Podría pensarse que Melville hizo blanca a su ballena para compensar su humor negro. En cambio, en Bartleby la comedia es como ver magia blanca al servicio de una película de terror tipo *El proyecto de la Bruja de Blair* (*The Blair Witch Project*, Daniel Myrick y Eduardo Sánchez, 1999).

21. HERMANO, si fueras profesor de literatura en la prepa, te propondría que mandaras a tus treinta alumnos a que, para mañana por la mañana, escribiesen trescientas veces:
— No haré el Bartleby en clase.

22. Her, her, HERMANO, abres la puerta. Biología Bartleby entra en tu casa y se sienta delante de ti. Es un hombre y tú eres homosexual. Eres una mujer. Él es una mujer. Le fuerzas, le pones el sexo ante su rostro. Hay quien dice que seguiría ajeno. Otros a quien se lo comenté, me dijeron que se ruborizaría (¡Bartleby ruborizado ante el sexo! ¿No estarían utilizando al escribiente para platicar de sí?). Una amiga — no la conoces — me dijo que precisamente eso volvería humano a Bartleby. Que es la solución al cuento. Que sería la actualización de la princesa durmiente: Bartleby soñando que prefiere no hacerlo y, de repente, el beso — o algo más profundo.

23. Her, HERMANO, Bartleby a las órdenes de José Tomás Millán de Boves y de la Iglesia, Bartleby como único ser vivo tras una explosión nuclear, Bartleby ante Kali, Bartleby visitado por un viajero del tiempo, Bartleby cruzándose con Max Brod — «¡*Scheiße*, lo que me faltaba!», resoplaría, a lo *cartoon*, el albacea más famoso —, Bartleby aquí, a mi lado, cuerpo encadenado y al que, cada cierto tiempo, quemo la piel, ilegal pero legítimamente.

24. HERMANO, imagina que Bartleby no murió y que está sedado, condicionado, y demás etcéteras que le hacen volver a preferir hacerlo, y se reinserta en la sociedad como un ser normal y corriente. Va a trabajar, se

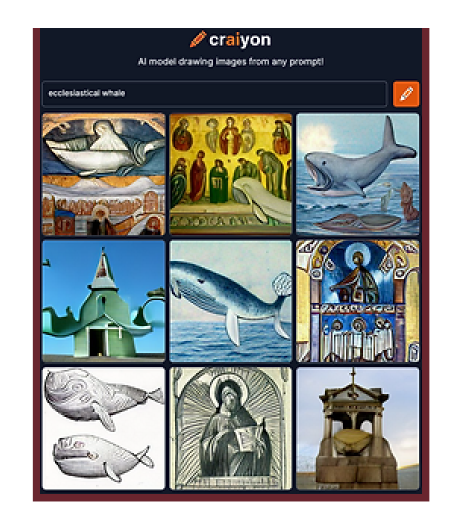
abre un correo electrónico que incluya su nombre y apellidos, y cada día por la tarde, vuelve a su hogar, limpia su táper, y se casa, e incluso, con riesgo para su mujer cuarentona, tiene un hijo. Su hijo crece sano, aprende a hablar rápido y a correr aún más rápido. Bartleby, bigote pulcro twombliano, pelo largo, pero raya al lado, camisa irónica y trasnochada con mensaje de George Peppard — «me encanta que los flanes salgan bien» —, pantalones negros ajustados, americana Zara, zapatos Massimo Dutti, ejemplar de clase media española, titilante y procaz, le pide algo mientras juegan. Imagina que la respuesta de su hijo fuera *esa*, la misma.

25. Her, her, HERMANO, Bartleby está agotado. No escucha música. Ha abdicado de su sexualidad. Todavía suda, piensa en los deportes tras las pantallas, todos los libros de su mesita de noche en la página cinco, la laptop dispuesta para un *Skype* que lleva años sin usarse... Manda señales de que sigue ahí, pero, vaya... Sí se lava. No se muere de hambre. Bartleby hace lo justo para sobrevivir. ¿Tiene miedo a la muerte y tiene miedo a la vida? Quizá tenga miedo al lenguaje y a las personas. Pero, HERMANO, eso lo dudo, dudo que Bartleby tuviera miedo a las personas, ni miedo al lenguaje. Bartleby no tiene miedo a nada, pero, aun así, lo que le paraliza es superior a cualquier miedo. Pero Bartleby no tiene miedo. ¿Qué le paraliza en ese momento? ¿Qué paraliza? ¿Qué?

26. Her, her, HERMANO, muchos años después regreso a Bartleby. No me turban sus reacciones. «Cuando el tiempo se pierda/sin que nadie lo gaste», como en la canción de La Mode, lo leo rápido y con desgana... Bartleby me hace hasta gracia. «¡Qué loco está, primooo!», me digo, y se lo enseño a mi mujer, que lo agarra y se lo lleva como lectura de divertimento en un viaje a Vancouver.

27. Te lo enseño a ti y me miras, hermano, como entendiendo que ya no nos inquiete el escribiente, «fue hace mucho –pareces decir–, y ahora ya no tiene importancia», casi nada de lo que pasó hace diez, veinte años, si hemos sobrevivido y tenemos trabajo, tiene importancia. Sostengo el libro, leo, de nuevo, párrafos en voz alta a mi esposa, que no recordaba haberlo leído y que está medio sorda, más adelante leo el comienzo y el final, y así tengo algo de qué hablar en el club de lectura para viejitos viudos. La profesora nos ha traído un programa de inteligencia artificial llamado «*craiyon. AI model drawing images from any prompt*!», donde tecleas palabras y te dan los dibujos originales resultantes. Nos dice que juguemos para que se nos estimule la creatividad —atrofiada, me imagino— y que pensemos en algo relacionado con Herman Melville. Yo le digo que escriba «*ecclesiastical whale*»:

28.



29. Continúo leyendo, a quien me quiera escuchar, párrafos de Bartleby, ni mi mujer, ni nadie conocido quedan ya, tú, hermano, los papás, moristeis hace mucho, rememoro líneas de *Bartleby el escribiente* cuando ha oscurecido tiempo atrás y no escucharé más sonidos que lo que deduzco que son dientes contra dientes y la humedad y la destrucción del libro que ni recuerdan quienes caminan quilómetros y quilómetros lejos.

30. HERMANO:

— Si dices que Bartleby es pacifista, simplificas. Dirías lo mismo si dijeras que es un asesino a distancia, como quienes manejan drones, y también estaría mal aplicar eso a él.

— Si dices que a Bartleby, como a Pitágoras, le da igual estar vivo o muerto, te acercas. Pero deberás aclarar el cuándo de esa indiferencia, y en el momento que te la expliques, negar que se trate de indiferencia. ¿O Bartleby como un mueble humanizado y parlante, que convierte la realidad en la consecuencia del silogismo de que la vida y la muerte se yuxtaponen, luego no se diferencian?

— Si dices que Bartleby juega a los dados, te replicaré, medio en broma, medio en serio, que él es una pieza de ajedrez ardiendo.

— Si dices que Bartleby, cuando está solo, actúa como tú y como yo, me asombraré de que sea cierto. Ley del talión: tal el fingimiento, cuales las implicaciones.

— Si dices, finalmente, que Bartleby está inspirado en alguien que Melville conoció, te daré un puñetazo que me romperá la mano.

31. Her, HERMANO, «el doblón es mío; el Destino me ha reservado el doblón», dice Ahab; «claro que es tuyo, viejo, para que te lo pongas bajo la lengua», se dice el lector. En cambio, en Bartleby, hermano, el lector no encuentra tan fácilmente los resortes del destino. No hay alguien que se proclame «lugarteniente del Destino», como el capitán del Pequod. Lo que sucede podría no suceder, aunque de hecho sucede por culpa del escribiente.

Ese es el papel de Bartleby, el papel casual de que alguien se lo encuentre. Ahab o Moby Dick son lo mismo; si están, uno se acabará encontrando con ellos. Pero Bartleby... A Bartleby uno se lo encuentra por casualidad, en lo ordinario. Bartleby se intuye por debajo de la puerta, pero Melville no permite al lector abrazar su destino, como sí abrazamos vicariamente el destino de Ahab. ¿Es quizás porque, en un caso, quien narra es alguien como Ismael, y en el otro, un oficinista? ¿Cómo narraría Ismael la historia de Bartleby? Son demasiadas conjeturas. Pero creo que Melville no se permitiría algo así, porque quiere mantener a Bartleby en una inhumanidad sin interrupción. Incluso uno ve llorar a Ahab. Las lágrimas de Bartleby, en cambio, y si se derramaron, lo hicieron lejos del lector.

32. Hermano, ¿qué colocarías frente a Bartleby? (Por favor, no respondas «un espejo»), ¿a quién pondrías ante Bartleby? (Te prohíbo decir «a Herman Melville»).

33. Her, her, HERMANO, tengo ganas de acabar. Bartleby me espera en el baño. Quiere suicidarse. Quiere abrirse las venas en la ducha, de pie. Quiere que se las corte yo, y quiere desangrarse de pie y vestido. Yo abriré la ducha y limpiaré la sangre a medida que brote. Primero, contradictorio, me enfadaré con él, «¡reacciona! Pinche Bartleby... ¿Acaso no tienes un hijo?». Luego no diré nada. Luego sonreiremos al pensar que ambos nos decimos mentalmente preferiría no etcétera. Hermano, nos reímos hasta que él se derrumba y yo, como prometimos, he de deshacerme del cuerpo, ni idea de cómo.

34. Pero, HERMANO, he escondido el cadáver de Bartleby, incluso ha pasado el tiempo y es solo huesos. Yo mismo voy a buscar los huesos, para comprobar que alguna vez vivió. Encuentro el lugar, nadie sospecha nada, el lugar, HERMANO, está en la misma ciudad donde tú y yo vivimos una vez. No lo escondí en las afueras, no lo eché al mar. No lo enterré en el jardín, en esta ciudad no hay jardines; tampoco lo troceé — aunque un presupuesto válido sea Bartleby como un par de piernas lanzadas a un agujero negro. No se me ocurrió comprar ácido muriático o algún otro disolvente. No me atreví a contratar a algún criminal experto, tampoco te pedí ayuda. ¿Dónde podía encender una hoguera, cómo atraer aquí lobos, zopilotes? Aún así, nadie encontró el cadáver, y lo visito y compruebo que son sus huesos y que Bartleby vivió.